

Con manto militar, insignia verde
 El claro y siempre amado señor mío,
 Las esperanzas pierde
 Y boluiendose Mar, anega el Río,
 Que entrándose en el llanto de sí mismo
 De Río se hizo Mar, de Mar Abismo
 Y todos juntos, Río, Mar y enojos
 No pueden igualarse con mis ojos.



NOTICIAS CURIOSAS

PARTICULARIDADES Y ANÉCDOTAS RELATIVAS

Á CERVANTES Y AL QUIJOTE

PRIMERA SERIE



EN las obras que alcanzan celebridad y en las vidas de los hombres ilustres, todo es interesante y ameno. La posteridad desea tener conocimiento exacto de los menores detalles, de las más pequeñas aventuras, de lo que parece más insignificante, cuando se relaciona con los genios que la ennoblecen, con sus costumbres y caracteres; y nada quiere ignorar de los elementos que pudieron contribuir á sus inspiraciones y entraron á formar parte de sus obras.

Volúmenes enormes podían llenarse con las anécdotas que se han escrito, verdaderas ó supuestas,

con relación á la *Divina Comedia*, á la *Jerusalén libertada*, á la *Iliada* y á *Los Lusíadas*; sobre Virgilio y sobre Camoens, y de los hechos de César, de Cristóbal Colón, de Napoleón el Grande y de *Cervantes*. Pueril y excusado trabajo, además, sería el de querer comprobar esta afirmación acumulando citas que ocurren á cualquiera fácilmente.

Si hemos apuntado la idea, ha sido como disculpa anticipada por la nimiedad de algunos de los rasgos que pueden acudir á nuestra memoria y salir de la pluma al recordar la varia suerte de la inimitable obra de entretenimiento, de la primer novela de todas las literaturas, de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*; porque bien se nos alcanza que podrán ser tachados de nimiedades, y aun de menos, si no se tiene el ánimo dispuesto y el paladar acostumbrado, por decirlo así, para saborear tales minucias literarias, ó no despiertan la curiosidad por referirse á tan hermoso libro y á su autor incomparable.

I

NOTICIAS ANTICIPADAS

A la verdad, la obra de *Cervantes* parecía predestinada á gran celebridad. ¿Cómo explicaremos, á no creerlo así, que no habiéndose entregado el *Quijote* á la imprenta hasta el último tercio del año 1604 (el privilegio concedido á *Cervantes* tiene fecha del 26

de Septiembre, y hasta entonces no pudo darse principio á la impresión), ya Lope de Vega se adelantase á manifestar su desagrado en carta fecha en Toledo á 14 de Agosto, en la que escribía: «*De poetas, no digo; buen siglo es este. Muchos están en zierne para el año que viene; pero ninguno hai tan malo como ZERVANTES, ni tan necio que alabe á DON QUIXOTE...?*» La carta se conserva escrita de puño y letra de Lope; la mención es por demás extraña, no habiéndose impreso la novela.

Más de un mes antes del privilegio concedido á *Cervantes*, con la fecha de 22 de Agosto de 1604, se había dado licencia á Francisco Ubeda (seudónimo tras el que se ocultaba Fray Andrés Pérez) para imprimir un libro de entretenimiento, titulado *La Picara Justina*, cuya edición debió ponerse á la venta al empezar el año 1605, pues ya en ese mismo la reimprimió en Barcelona el impresor Sebastián Cormellas. ¿Qué explicación tienen, por tanto, los versos que el autor pone en el capítulo IV del libro II, parte 3.^a, donde dice:

«Soy el Rey-de Picardi-
Más que la rud-conoci-
Más famo-que Doña Oli-
Que Don Quijo-y Lazari-
Que Alfarach-y Celesti-?»

¿Cómo podía ser famoso Don Quijote, cuando aun no había salido á luz la historia de sus aventuras?

No podrá tacharse de exageración al cervantista que sostenga que el libro que merece censuras de célebres escritores y se dice famoso antes de que pueda ser conocido, es un libro predestinado.

II

ERRATA NOTABLE

El *Quijote* debió aparecer al público á principios del año 1605. Lo persuade la fecha de la fe de erratas, que demuestra estaba terminada la impresión en 1.º de Diciembre de 1604; lo confirman los hechos, pues en 26 de Febrero y en 25 de Marzo de 1605, ya se dieron licencias en Lisboa á los editores Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck para que pudieran reimprimirlo.

Estas licencias causaron gran alarma al librero Francisco Robles, que había comprado á *Miguel de Cervantes* el derecho de imprimir *El Ingenioso hidalgo*, y para prevenir la reproducción de ediciones en los reinos que formaban la corona de España, solicitó y obtuvo nuevo privilegio que comprendía á Aragón y Portugal, y puso en circulación inmediatamente nueva edición. Por cierto que insertó en ella el certificado de Portugal, pero no el de Aragón, y la misma falta se nota en la edición de 1608.

Las dos ediciones hechas por Juan de la Cuesta en el año 1605, son del todo diferentes, según se conoce por un simple cotejo. La precipitación con

que se hacía la segunda, se nota desde la página misma de la portada, en la que se dice «*Dedicada... al Duque de Béjar, Conde de Barcelona*» (título que solamente correspondía á los reyes de España), y se le pone señor de las villas de Capilla, Curiel y *Burgillos*.

III

PRIMERAS CORRECCIONES

A Lisboa y á otros puntos debieron expedirse muy pronto los ejemplares de la edición primera. Por alguno de ellos se copiaron las ediciones hechas en Lisboa por Jorge Rodríguez, en 4.º, y por Pedro Crasbeeck, en 8.º; y la demostración es muy fácil, y ya la hemos hecho á otro propósito.

Llama la atención, que á pesar de lo atropellado y presuroso que anduvo el librero Robles para que saliera la nueva edición, todavía tuvo tiempo para poner manos en la obra de *Cervantes*, haciendo la variación y truco de unas frases que desde luego debieron parecerle disonantes. En el cap. XXVI, al quedarse solo el buen hidalgo de la Mancha en las asperezas de Sierra Morena, cual otro Amadís de Gaula en las de la Peña Pobre, exclamaba:

«Ea, pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadís, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar y encomendarse á Dios: ¿pero qué haré de rosario que no le tengo? En esto le vino al

pensamiento cómo lo haría, y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa que andaua colgando, y dióla honze ñudos, el vno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de Ave Marias...»

En la segunda edición desapareció una parte de este concepto que, sin duda, pareció atrevido al librero, pues no creo de *Cervantes* las palabras que se sustituyeron. «Ea, pues, manos á la obra, dice la segunda edición, venid á mi memoria cosas de Amadís y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar, y así lo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un diez.»

Es de notar que la Inquisición no puso reparo alguno, ni encontró censurable el concepto variado.

Las dos ediciones de Lisboa imprimieron la frase en su forma primitiva, como puede verse en los pocos ejemplares que de ellas se conservan, pues ambas son rarísimas, mucho más raras que las de Madrid de Juan de la Cuesta (1).

(1) El docto Sr. D. Pedro Salvá, ocupándose de la edición de Jorge Rodríguez, al número 1544, tomo II de su *Catálogo*, dice: «Si bajo el punto de vista literario las ediciones de Madrid tal vez sean preferibles á la portuguesa, ésta las aventaja de mucho en cuanto á rareza; conozco algunos ejemplares de aquéllas; DE ÉSTA NO HE VISTO OTRO.» He tenido ocasión de ver cuatro ejemplares de la de Rodríguez: el que fué de Salvá, vendido en París en 1892; el que posee D. Leopoldo Rius, en Barcelona; el del marqués de Jerez de los Caballeros, en Sevilla, y el que tengo en mi colección. Salvá no logró adquirir el de Pedro Crasbeeck, sin duda *el más raro de todos*, de que poseo un precioso ejemplar.»

Y á la verdad, ese párrafo hace falta en su lugar, en los términos mismos en que fué escrito por *Cervantes*; porque más adelante, en el cap. XXXV, al penetrar cuantos en la venta se encontraban en aquel camaranchón donde sostenía D. Quijote descomunal batalla con los gigantes cueros de vino tinto, le hallaron en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, «*la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos...*» ¡Como que le faltaba la *gran tira* que el loco le había arrancado antes!

Como en el estudio de la grande obra de *Cervantes* nunca dejan de encontrarse novedades, ha poco tiempo tropezamos con otra corrección hecha en las dos ediciones de Lisboa, que no fué aceptada por ninguna de las castellanas.

En las dos impresas por Juan de la Cuesta y publicadas en 1605, en el cap. XIII, que corresponde á la parte segunda de las cuatro en que entonces se dividía el tomo primero, encontramos el pasaje siguiente: Encaminábanse Don Quijote y los que le acompañaban á aquel punto de la sierra donde debía tener enterramiento el cuerpo del pastor Grisóstomo, y por la conversación del Hidalgo pronto vinieron en conocimiento los caminantes de su falta de juicio: «Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decían que les faltaba, al llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasión á que pasase más adelante con sus disparates. Y así, le dijo:

Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra; y tengo para mí que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podía ser, respondió nuestro Don Quixote, pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en execución lo que su capitán le manda, que el mesmo capitán que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados y caualleros ponemos en execución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros braços y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el Verano y de los erizados yelos del Invierno. Assí que somos ministros de Dios en la tierra y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ella tocantes y concernientes no se pueden poner en execución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la professan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sossegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de cauallero andante como el del encerrado religioso, sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado, etc.»

Esta comparación entre la vida sosegada del reli-

gioso y la trabajosa del caballero, puesta en boca de un monomaniaco por el autor ilustre, pasó sin tropiezo ante los censores de la obra en Valladolid; pero en Lisboa fueron más escrupulosos y no la miraron con buenos ojos, pues lo mismo en la edición hecha por Jorge Rodríguez que en la de Pedro Crasbeeck falta todo lo que hemos copiado en letra cursiva, enlazándose los conceptos de manera que no pudiera ser muy notable la falta.

Y es de advertir que solamente en las dos ediciones de Lisboa se hizo esa supresión, pues tanto en la tercera de Madrid de Juan de la Cuesta en 1608, después que ya podía ser conocido en España aquel escrúpulo, como en las de Bruselas de 1607 y Milán de 1610, se encuentra el pasaje en la forma que lo escribió Cervantes. Aunque también debemos convenir que el concepto es sobrado dudoso y atrevido, escrito por un soldado de Lepanto y de las Terceras, que había observado con disgusto las mezquinas y escasas recompensas otorgadas á los gloriosos defensores de la patria.

Muy poco tiempo después puso mano en el texto del *Quijote* otro corrector desconocido, pero no des-
acertado.

La primera edición de *El Ingenioso hidalgo* que se hizo fuera de España, es la que estampó en Bruselas Huberto Antonio en el año 1607, tan preciosa como todas las que salieron de sus talleres, y hoy extremadamente rara.

El texto, dice el inteligente cervantista inglés

Mr. Henry Edward Watts, fué revisado por algún lector asaz perito que, espontáneamente (sin autorización de nadie), hizo en él varias correcciones, con acierto tal, que algunas adoptó más tarde la Real Academia Española. La más notable de todas es el intento de poner en orden los pasajes que se refieren al robo del rucio de Sancho Panza, tan trocados en las ediciones de Juan de la Cuesta.

Parece que en Bruselas fué también donde apareció alterado por primera vez el título de la obra. En el año 1662, el editor Juan Mommarte, publicó una edición, que fué la primera que salió adornada con láminas, y la llamó *VIDA Y HECHOS del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*, título muy conforme con el gusto de la época, pero muy alejado de lo que pensó *Cervantes*.

IV.

¿FALTAN CAPÍTULOS EN EL QUIJOTE?

Hace muchos años, en los primeros del siglo XIX, circuló entre los literatos de toda Europa la estupenda noticia de que existían muy ocultos en una biblioteca pública de Alemania algunos capítulos del *Quijote*, cuya publicación no se había permitido en España en el siglo XVII, y habían quedado inéditos y desde entonces desconocidos.

¡Eran autógrafos de *Cervantes*! ¡Se trataba de un trozo desprendido de *El Ingenioso hidalgo*! Calcule

el menos impresionable de los lectores la sensación que produciría tal anuncio. Y se dió al asunto toda la gravedad, importancia y prosopopeya que convenía. Llegaron los papeles desde la biblioteca de Francfort á manos del ministro plenipotenciario de Prusia en París, pues se quería consultar á los más ilustres literatos y á las Reales Academias, disponiéndose aquél embajador á remitirlos á Madrid con las seguridades convenientes, por mediación de la Estafeta oficial... pero no fué necesario tanto.

Habían pasado algunos años. Era ya á fines de 1823. Los sucesos políticos de España habían producido graves trastornos. La entrada en nuestra patria de los cien mil franceses al mando del duque de Angulema, y la reacción violenta que se inició al salir de Cádiz el rey Fernando VII, hicieron emigrar á cuantos más ó menos directamente habían tomado parte en la jura de la Constitución y en el gobierno liberal desde el año 1820 al de 1823, y se encontraban en París casi todos los hombres ilustres de España en ciencias y en las letras, como en artes y en política.

Tuvo el buen acuerdo el embajador de Prusia de consultar con eminentes literatos españoles, y fué tal y tan decidida la opinión que éstos manifestaron, que para evitar un paso en ridículo se devolvió inmediatamente el manuscrito á la biblioteca de Francfort, de donde nadie ha pensado en ir á sacarlo desde entonces.

Y es de lamentar, á pesar de todo, que no se haya